

"SE VACIO, TOMANDO LA FORMA DE ESCLAVO"

Aclamación al Señor para la hora del nuevo éxodo (Filipenses 2,6-11)

Señor Jesús, alabado y glorificado seas por siempre.
¡Qué asombroso el rostro de tu ternura aparecido en la carne!
¡Tu rostro de Hijo amado aparecido en el rostro del esclavo!
¡Qué inaudita tu misericordia entrañable!
¡Qué admirable tu gracia!

EXISTIENDO EN EL ROSTRO DEL HIJO AMADO (Fil 2,6)

Tú eres el Hijo amado, el Hijo único del Padre.
Tú, el Hijo de su amor, compartes con él en abrazo indisoluble sus mismas entrañas de misericordia, la comunión del Espíritu.
Tú eres su rostro, la "marca de su ser".
Tú eres el resplandor de su rostro, el "resplandor de su gloria".
Tú eres la grandeza de su rostro, la fuerza de su señorío.
Existes en el rostro del Padre.
Eres su mismo rostro, vuelto a nosotros, aparecido ante nuestros ojos.
El Padre se nos ha dado por entero en ti mismo, iluminándonos en la claridad de tu rostro.
Por eso "existiendo en la forma de Dios" eres su imagen, su transparencia, su sacramento, su misterio escondido, desvelado y descifrado ahora ante los ojos asombrados de nuestra pequeñez.
El Padre nos abrazó en ti, en el abrazo del Espíritu, nos predestinó en ti nos agració en ti, nos incorporó a ti.
Quería que nos allegáramos a ti, que existiéramos en ti, como familia de hermanos, encabezada por ti, a la mesa común.
El encargo del amor del Padre, acogido por ti en el Espíritu, alentó el gesto absolutamente libre de tu vaciamiento en la carne.
Te vaciaste a ti mismo. Tú mismo ser era el ser Hijo, vuelto al Padre en el aliento común de su ternura entrañable.
En este mismo aliento te volviste a nosotros en absoluta libertad.
Nosotros, que somos gracia relativa, capacidad de darnos, ambicionamos apoderarnos del ser, que no era nuestro, del ser que aún no teníamos ni éramos del todo.
Tú, en cambio, que eres la absoluta gracia, renuncias y te despojas del ser que es tuyo, del ser que eras por entero desde siempre.
El Aliento del amor no te permitió que te apropiaras la ternura del Padre, para serla para ti, para poseerla y gozarla para ti. No pensaste apoderarte del ser que te iguala a Dios, arrebatándolo.
Jesús, tú eres el Cristo, tú eres el Señor, para gloria de Dios Padre.

TRANSFIGURADO EN EL ROSTRO DEL ESCLAVO DESTROZADO (Fil 2,6-8a)

Señor Jesús, alabado y glorificado seas por siempre.
Nos viste esclavizados en la esclavitud que nosotros construimos.
Éramos gracia, libertad, poder de darnos, capacidad de ofrecernos.
Pero nos cerramos sobre nosotros mismos para apoderarnos.

Queríamos apoderarnos de nuestro propio ser, de nosotros mismos, queríamos ser en nosotros, ser por nosotros, ser para nosotros.

Y para ello teníamos que encumbrarnos por encima de los otros, ser más que los otros, teniendo más que tenían los otros.

Pretendíamos sernos, que dominaran a los otros como esclavos.

Así entretejimos la historia de esclavitud de la humanidad.

El hombre, todo hombre, se convirtió en esclavo que esclaviza, esclavizado por las cadenas que forjó y que le empujan a esclavizarse.

La fraternidad se rompió entre las argollas de la esclavitud.

Esclavos éramos todos. Hasta los amos, por el hecho mismo de serlo. Más esclavos todavía algunos, despojados abajo con el despojo de la pobreza.

Más esclavos todavía algunos, que levantados desde la pobreza para la lucha por la liberación, cayeron abajo del todo, aplastados y hundidos, destrozados y crucificados.

Tu ternura inmensa y entrañable por nosotros te llevó a vaciarte, a cambiar de rostro, transfigurándote en nosotros, configurándote con nosotros.

Tomaste la forma del hombre, hermano tuyo, en esclavo convertido.

Te apropiaste su imagen, te incorporaste a su mismo rostro, para serlo como ellos en asombrosa e increíble configuración, configuración sucedida en la carne, configuración que se ve y que se palpa, mientras te dejas encontrar como un hombre cualquiera, yendo de camino con nosotros, en nuestras propias sendas. Asombrosa identidad.

Asombrosa configuración. Asombrosa aparición.

Y más asombrosa todavía, porque tomaste el rostro de los esclavos, en aquel lugar, en donde el rostro estaba más desfigurado, en el rostro de los últimos esclavos, esclavos de los esclavos, en el rostro de los pobres, que estaban oprimidos y despojados, en el rostro de los malditos, pobres maltratados y destrozados.

Te proponías hacerte por entero vulnerable a nuestra esclavitud, al pecado y al dolor, a la pobreza y a la opresión, hasta la misma muerte.

Querías que tu comunión con nosotros no fuera solo cambiarte en el estar, ni tampoco despojarte en el tener, sino vaciarte en el ser.

Así te desfiguraste con el rostro de los esclavos, en la figura de los pobres y de los crucificados, donde la esclavitud se ha hundido en la absoluta noche de la nada, que sucede en la muerte, cuando la muerte llega a ser muerte en cruz de los malditos.

Asombroso vaciamiento del pesebre, anticipo provisional de la cruz.

Asombroso vaciamiento de la cruz, cumplimiento acabado del pesebre.

Allí es donde tu rostro de Hijo amado ha aparecido en nuestro rostro, nuestro último rostro, el rostro de nuestra última anulación, el rostro de la pobreza despojada, más aun perseguida y aplastada, el rostro de la cruz desnuda y de la pobreza crucificada.

Ninguna negatividad nuestra se escapa ya de tus manos abiertas ante nosotros y estrechadas sobre nosotros en comunión indisoluble.

Jesús, tú eres el Cristo, tú eres el Señor, para gloria de Dios Padre.

ENTREGADO EN EL ROSTRO DEL SIERVO OBEDIENTE (Fil 2,8b)

Señor Jesús, alabado y glorificado seas por siempre.

En el anonadamiento no perdiste tu rostro de Hijo, entregado al Padre.

Al fin y al cabo los pobres, aun los despojados, eran todavía ricos, mantenían la propiedad de sí mismos, existían por sí y para sí mismos.

Su pretendida riqueza era la raíz de su extremado empobrecimiento.

Al no abrirse por entero y darse en gracia eran verdaderos esclavos.

Pero tú, cuando abrazaste a los esclavos, mantuviste las manos abiertas.

El gesto que atraviesa, transfigura y anula la hondura de nuestra esclavitud es la esclavitud tuya de Hijo y Siervo obediente, entregado exhaustivamente al Padre en favor de los hermanos.

Te proponías arrancar nuestra vieja esclavitud de la desobediencia y de la ambición, con la nueva e inédita esclavitud tuya, la esclavitud de tu obediencia de inmolación para alabanza de gloria.

Pero tu rostro propio de siervo apareció en nuestra servidumbre.

Llegaste a ser el esclavo pobre y crucificado desde la absoluta obediencia al amor, la obediencia que se había convertido en ofrenda.

Tú, el Hijo del amor, entregado como siervo obediente al Padre, apareciste desfigurado, transfigurado en nuestro rostro, configurado con nuestro rostro, el rostro de la esclavitud de todo hombre, aparecido sobre todo en la esclavitud de los pobres y crucificados.

Aparición asombrosa. El resplandor del rostro del Hijo amado, aparecía ahora en el oscuro resplandor del rostro desfigurado.

Más todavía. Tu rostro de esclavo, pobre y crucificado, era en verdad la última aparición de tu rostro de Hijo obediente y entregado.

Por esto en tu rostro del amor crucificado aparecía el rostro del Padre, que en él nos ha entregado toda su misericordia entrañable. Y al tiempo aparecía el Fuego del Espíritu, abrazo común, que ahora se ofrecía como el último don en tus manos vacías y enclavadas.

El resplandor inaudito de tu rostro, cuando te vimos bajar y despojarte se ahondaba ahora en el vaciamiento de mismo ser de Hijo, que te entregabas como siervo de amor, en la última servidumbre de nuestra nada, de nuestra pobreza y de nuestra maldición irremediable.

Al existir tu forma de siervo en la forma de nuestra servidumbre, alcanzabas el exceso de la consumación, la locura y la debilidad de la misericordia, la absoluta gracia convertida en ofrenda absoluta.

Al aparecer, hecho carne en tu rostro de pobre y crucificado, todos nosotros y la humanidad entera y el mundo universo, pudimos contemplar tu gloria, la gloria del Hijo único y amado del Padre, lleno hasta desbordar de ternura y de fidelidad.

Jesús, tú eres el Cristo, tú eres el Señor, para gloria de Dios Padre.

APARECIDO EN EL ROSTRO DE PRIMOGENITO DE LOS HERMANOS Y DEL UNIVERSO (Fil 2, 9-11)

Señor Jesús, alabado y glorificado seas por siempre.

En tu rostro de esclavo crucificado, el rostro más nuestro, apareciste como el Hijo entregado, para ser el primero de todos, encabezándolos.

Así apareció tu rostro de Hermano mayor de todos y del todo, Primogénito entre muchos hermanos, siéndolo de toda la creación.

El Padre en la travesía pascual de tu amor te hacía aparecer ante nosotros con un nombre nuevo, que inicia y funda toda la novedad.

En la travesía del pesebre, del camino y de la cruz te fuimos viendo como el Hijo enviado, que se convertía en Hijo entregado y que llegaba a ser el Hijo entronizado, el Primogénito, el Señor.

Nos precediste en tu absoluta gracia, Nos precediste en el nacer, nos precediste en el caminar, nos precediste en el morir. Nos precediste en el avanzar la vida nueva a todas las sendas. Ahora en el último vaciamiento de tu amor de siervo, te vimos sentado como Señor a la derecha del Padre, encabezando la fraternidad y la comunión.

Al bajar y dar un abrazo a los hermanos, despojándote de todo lo que tenías y vaciándote de todo lo que eras, en el último de los últimos lugares, anulaste en su última raíz todo

apoderamiento todo encumbramiento, toda discriminación, toda marginación. Anulaste la permanente y terrible oposición entre los amos y los esclavos.

Arrancaste a la esclavitud las propias cadenas, que le daban consistencia, hiciste cautiva a la misma cautividad, al abrazarla.

Los puños cerrados de los hermanos esclavizados, quedaban ahora abiertos entre tus manos desnudas y crucificadas, en el fuego del Espíritu.

Desde la minoridad, desde la ultimidad y la servidumbre apareciste como el cabeza de fila de la fraternidad nueva ahora recreada.

En torno a ti, a ti incorporada, en el mismo Aliento del Espíritu, creaste la fraternidad, donde nadie puede ser amo de nadie, donde solo podemos ser unos siervos de los otros, bajo la mano tuya, la mano del siervo, que arrodillado lava los pies de los hermanos y después los va sirviendo a la mesa su cuerpo y su sangre, en el pan compartido y en la copa que se pasa de unas manos a otras.

Por eso al aparecer tu rostro de Primogénito de los hermanos, te vimos aparecer como primogénito de la casa común de la creación.

Tú mismo fuiste el que al esclavizar a la esclavitud en tu servidumbre arrancaste de raíz el tejido de las cadenas, en el que existe el universo de los cielos, de la tierra y de los abismos, el escenario y la senda por donde transcurre toda la aventura humana.

En tu rostro de esclavo crucificado, aparición última de tu rostro de hermano de todos y de hermano de toda criatura, apareció la mesa compartida de la justicia del señorío del Padre, donde todos pueden partir el pan y la copa, estando los pequeños a la cabeza.

El señorío de los poderes de la esclavitud ha sido vencido definitivamente, y en la nada de la esclavitud ha sido recreado el ser de la creación nueva, como mesa ancha y abierta para compartir.

Ya ahora en la tierra de los esclavos se ha inaugurado el paso de la servidumbre al servicio, ejercido en tu nueva servidumbre.

No es extraño, pues, que los poderes de los cielos, de la tierra y de los abismos cayeran de rodillas ante ti y se pusieran a gritar a voz en grito tu nombre, que está sobre todo nombre, el nombre donde se encierra la última liberación para la consumada fraternidad.

Jesús, Tu eres el Cristo, tú eres el Señor para gloria del Dios Padre.

SEGUIDO EN LA IGLESIA, PARA SER ACOGIDO EN EL MUNDO (Fil 2,1-5; 3,7-14)

Mira, Señor, que la creación entera gime los dolores de un nuevo nacimiento. Espera ardientemente la liberación para la comunión.

En lo más hondo de sus gemidos está buscando tu rostro. Pero tu rostro solo puede aparecer en el rostro de la fraternidad de tu iglesia. Esta familia de hermanos, resplandor del resplandor de tu rostro, tiene ya el "aliento del amor" la "comunión del Espíritu" nacida de las entrañas de misericordia que el Padre le entregó en ti, para que en ti se incorporara y se entrañara en la unidad.

Pero tu fraternidad, Señor, es pequeña y peregrina. Está tentada por el poder, por la ambición de la gloria vacía. La tentación del poder que puede inclinarla para asegurarse a "mirar a lo suyo" y para ello a pactar con el poder del mundo y legitimarlo.

La tentación del poder que le puede hacer correr el riesgo de situarse y establecerse en las sendas de la historia, configura da con la esclavitud encubierta de este mundo viejo.

Adéntrala en la ternura entrañable, que resplandece en la gloria de tu rostro despojado. Si tú nos adentras en esta hondura ¿Podremos mantener la ilusión de pretender servir a la humanidad peregrina en la tierra, sobre las huellas de tu servicio, y mantener todavía las plataformas del tener y del poder del mundo? Si prendes en nuestras entrañas el fuego de tu

rostro despojado ¿encontraremos para darnos otro camino que no sea incorporarnos, configurarnos y presentarnos en la forma de los últimos de los esclavos, aquellos que quedan tirados abajo, en las alambradas, con sus rostros despojados y destrozados? Entonces, todo lo que antes nos parecía ganancia, nos parecerá pérdida, con tal de ser hallados en ti y configurados, radicalmente en ti, en la absoluta novedad de tu ternura, comulgando en tus padecimientos, en la misma forma de tu muerte, tomados y arrastrados de tu mano, en el aliento poderoso de tu resurrección.

Por eso a la hora del nuevo éxodo, tómanos, Señor, de la mano. Arrástranos con el fuego del Espíritu a las mismas huellas de tu encarnación. Aliéntanos a bajar a las partes más bajas de la tierra, a las tiendas de campaña en donde peregrinan los pobres. Aliéntanos a despojarnos de todo lo que tenemos, para compartir el gesto de tu gracia, que te arrastró a hacerte pobre, para enriquecernos con tu pobreza. Y condúcenos, Señor, más abajo todavía. Arrástranos a vaciarnos en el rostro de los pobres y crucificados, desde la hondura, la anchura y la altura de tu amor, ejercido en tu forma de ser siervo.

Muéstranos, Señor, que allí, en esta asombrosa transfiguración, está la senda que abre la comunión de tu iglesia, la unidad en el sentir y en el amar, el llegar a compartir el mismo corazón y la misma alma. Muéstranos, Señor, que en esta admirable transfiguración está la senda del servicio transformante de la iglesia a la humanidad que hace camino en el mundo, aquella transfiguración que es la única que arranca de raíz las cadenas que atan a los amos y a los esclavos y recrea la tierra en la mesa común de la fraternidad consumada. Señor, muéstranos tus huellas. Haznos ver la claridad de tu mirada, en la gloria de tu rostro despojado, Y seducidos por él, alentados poderosamente, más allá de lo que podemos pensar y sospechar, pisaremos sobre tus mismas pisadas.

En comunión contigo, en seguimiento a ti, en alabanza interminable a tu gracia. Mientras de las entrañas, mana la alegría que nadie nos puede arrebatarse y al avanzar en el éxodo nuestros labios exclaman el cantico nuevo de tu misericordia.

En la Navidad del Señor. Año 1982.
Marcelino Legido.
El Cubo de Don Sancho. Salamanca.